



LA CIUDAD COMO ESPACIO PARA UNA CULTURA FÉRTIL

Antonio Colinas

Poeta

¿Qué sucede cuando la ciudad en la que se vive y en la que se escribe es paradigma de escritura, un paradigma literario? ¿Qué sucede cuando el tópico –Salamanca, ciudad íntimamente relacionada con los escritores–, contiene su poso de verdad, porque la experiencia nos demuestra que debajo del tópico que suena y resuena existe, muchas veces, una verdad? Verdad es, a fin de cuentas, que dos poetas esenciales, como fueron fray Luis de León y san Juan de la Cruz, hayan estado íntimamente ligados a esta ciudad, uno como profesor; el otro, significativamente, como alumno de la Universidad.

Pero los hechos van más allá de estas circunstancias puramente anecdóticas: cuando fray Luis escribe en Salamanca lo hace profundamente inmerso no sólo en los avatares profesionales y académicos sino en las circunstancias sociales de un tiempo significativo, de un tiempo en el que contendían la ortodoxia con la libertad intelectual, una España de la cultura con una España de la cerrazón. Tampoco es algo baladí que un poeta como Juan de la Cruz –por aquel entonces Juan de Santo Matías– haya sido un estudiante en la Universidad salmantina. Así que razón en fray Luis y formación en los dos son circunstancias muy vivas, nada desdeñables a la hora de fijar la gran relación existente entre Salamanca y la escritura, o los escritores, en momentos intelectualmente decisivos para España.

Pero parece que esa presencia viva de los escritores en Salamanca es algo que luego se ha seguido dando en el tiempo, que vuelve a tener su protagonismo

nada menos que tres siglos después, cuando la razón y el corazón de Miguel de Unamuno se debaten entre las presiones de “los hunos y los hotros”, en una España otra vez dividida, envuelta en lo que él reconoce como “suicidio moral”, “locura colectiva” o “locura frenopática”.

Miguel de Unamuno elige la ciudad de Salamanca no de manera circunstancial, sino que en ella se integra desde los primeros días, hace versos basados en sus vivencias más íntimas, canta a la ciudad y a sus campos y, lo que es más importante –como sucede en el caso de fray Luis–, hace de Salamanca el centro de unas circunstancias sociales –los años tremendamente erizados de la Guerra Civil– que son decisivas para toda España. Él había llevado el viejo propósito de un verso suyo escrito en 1909 hasta sus últimas consecuencias: *Piensa el sentimiento, siente el pensamiento*. Aunque por aquellos días había escrito y pronunciado palabras mucho más vivas y directas, como: “Amo, sobre todo, la libertad de pensamiento”. O aquella alusión suya a “la lepra espiritual de España: el resentimiento, la envidia, el odio a la inteligencia”.

Si tuviera que poner así mismo –con el debido respeto a los autores citados–, el ejemplo de mis propias circunstancias, de por qué he elegido Salamanca, de por qué y cómo escribo en ella, tendría que aludir a circunstancias muy personales. Uno va no donde desea, sino donde la vida le lleva, a veces por razones personales y familiares muy graves e inesperadas.

Vivir Salamanca como persona y como escritor implica algo de prueba, porque Salamanca no es una ciudad monumental italiana, aunque algunos –en base a lo dorado de sus piedras y a su riqueza monumental– la hayan considerado como “Roma la chica”. Salamanca tampoco es la ciudad histórica de una isla del mediterráneo. Sería bello haber visto una mayor influencia de lo que entendemos por tradición o *espíritu* mediterráneo, sobre la cultura salmantina. O que también, como el propio Unamuno deseaba, esta ciudad o este noroeste español se hubiesen abierto más a las húmedas brisas portuguesas y al talante flexible de su cultura. Sí ha mirado Salamanca hacia la América hispana o ésta sigue mirando hacia nosotros por medio de un intercambio incesante, y de ello hemos de felicitarnos, y en ello debe buscar la ciudad nueva sabia para su cultura.

Se habla mucho últimamente (e incluso ya hay planes y estudios sobre ello), de la necesidad de abrir este noroeste a Portugal y al mar; es decir, de permeabilizar mucho más las fronteras, de tal manera que Salamanca, ciudad tantas veces reclusa en sí misma y al margen de las grandes vías de comunicación, recibiera nuevos vientos, y se enriqueciera con nuevas influencias. Influencia portuguesa e influencia que también podría llegar a través de esa vía histórica y natural que es la Vía de la Plata. Podrían ser dos opciones muy significativas.

Salamanca es, sin embargo, una ciudad estrechamente unida a otro espíritu: el que, más allá de los tópicos, podríamos reconocer como espíritu castellano, o humanismo cristiano; un espíritu que deseamos contemplar como algo fértil y positivo, más allá de los tópicos negativos y de las leyendas negras de todo tipo. Un espíritu que crece con dificultad y bajo un mar que no es el de agua, sino el que representa el gran cielo de la noche estrellada.

Arriba, el mar celeste y, abajo, el mar de tierra. En medio, la desnudez del existir. Sí, porque querámoslo o no, el mar de tierra y el mar nocturno de los astros —el desierto abajo y el más allá, lo remoto e inalcanzable, arriba— han condicionado la vida en esta tierra. Nos basta, para ello, con contemplar y valorar el nacimiento de un fenómeno como la mística.

Si observamos un mapa, podemos trazar sobre la geografía de esta zona de España un triángulo, decisivo no sólo para la mística española, sino para la mística universal. Un triángulo del que podrían ser los vértices las ciudades de Ávila, Medina del Campo y Salamanca. Estas tres ciudades han sido epicentros del movimiento místico, pero si observamos con detenimiento qué ciudades o lugares quedan dentro de ese triángulo nos encontraremos con los no menos significativos de Alba de Tormes, Fontiveros o Duruelo, por fijar sólo unos pocos de ellos.

Resulta sorprendente, por tanto, que el *espíritu* —en verdad revolucionario en medio de las ortodoxias de su tiempo—, que comenzaron a forjar un par de monjes, la reforma carmelitana, en un lugarejo llamado Duruelo, en medio del desierto de la meseta y bajo el desnudo mar de las estrellas, haya llegado a tener una resonancia universal. No en vano la mística castellana o española ha acabado siendo un paradigma dentro de la mística cristiana occidental y, por extensión, de la universal. Y, sin embargo —con los restos de Teresa de Jesús dentro—, un enclave como el de Alba de Tormes todavía no ha acabado siendo lo que, por ejemplo, en Italia es la ciudad de Asís. Me refiero a que en Alba sentimos aún una desolación y una decadencia —¿espiritual?— que no permite que un lugar tan emblemático para la mística universal no sea aún un *centro* del mundo fértil, un enclave universal de espiritualidad.

Hay, pues, que ver todavía a ciudades como Salamanca a vista de pájaro, detenidamente, valorando cuidadosamente todas las circunstancias históricas (e intrahistóricas, como diría Unamuno), que la han venido conformando. Espacios, pues, ante todo y más allá de los tópicos, para la tierra y el cielo; espacios —ciñéndonos más a Salamanca— para la piedra, para la desnudez y la dureza y la belleza de la misma. Espacios para el recogimiento y la soledad, espacios para la vida interior más que para la socialmente fluida y armónica, la pública.

Vengamos más acá en el tiempo y situemos al escritor de nuestros días en Salamanca. Discúlpenme de nuevo si me utilizo de ejemplo: con ello no doy muestra alguna de vanidad –sobre todo en medio de grandes nombres como los que acabo de citar–, me ciño a decir lo que para un escritor de nuestros días puede significar Salamanca en estos momentos. Diré, ante todo, que me parece la antítesis de la gran ciudad y, en concreto de la gran ciudad “literaria”.

He escrito la palabra “literaria” entre comillas porque no me gustan nada las grandes ciudades, las metrópolis de nuestros días; porque cuando he vivido en ellas no he sido feliz y porque, a mi entender, representan la creación literaria de una manera epidérmica. Me refiero a que es necesario hacer siempre una clara distinción entre lo que es la creación literaria y lo que es el mundillo literario. La creación literaria es el fruto del diálogo del escritor con una cuartilla en blanco en la soledad de su cuarto, en unas condiciones gratas de soledad y silencio. Mundo literario son las derivaciones de este proceso creador íntimo, en muchas ocasiones un mundo erizado y tenso con el que el escritor no siempre debe o tiene que confluir.

Quiero decir con ello que una ciudad como Salamanca me parece un espacio ideal para crear y para vivir, en estos momentos en los que imperan las masificaciones y el torbellino de informaciones y de desinformaciones, de compromisos literarios de todo tipo. Querámoslo o no, Salamanca es un lugar para que el escritor se escuche a sí mismo y, en principio, trabaje a gusto. No entra, a mi entender, dentro de este esquema la inmersión del escritor en lo que podríamos considerar como “guerras locales de la escritura”, en un tipo de concepción de la cultura provinciano o regional. Máxime si –como sucede en mi caso– mi obra literaria no ha sido sino una declaración expresa y continuada de universalismo, de indagación en el diálogo entre culturas, de diálogo con otras naciones y lenguajes.

Pienso también que lo que tampoco debe hacer el escritor en una ciudad como Salamanca es no ser libre. Es decir, no abrirse, no dialogar, no convivir. Me refiero a que el provincialismo y el regionalismo no deben ser excusas para que un escritor haga de su casa un monasterio y, con ello, renuncie a la libertad de ser en un alto grado de consciencia. No he encontrado, hasta el momento, impedimentos en esta ciudad de provincias para seguir escribiendo con fertilidad y desde el universalismo.

Es más, creo en la necesidad –en unos momentos como los presentes– de que el escritor en Salamanca (y por extensión el ciudadano en Salamanca), retome lo bueno de su ciudad y lo proyecte sin complejos. La declaración de Salamanca como Ciudad Europea de la Cultura ha sido un buen reto, un excelente momento para ello. A fin de año, o a fin de cuentas, veremos si la ciudad ha cumplido con todos los requisitos que esa apuesta por lo europeo –por lo abierto–, le demandaban.

Sabemos que hoy –creo que afortunadamente–, el ser humano ha dejado ya de habitar una aldea para pasar a habitar un planeta. Resulta, por ello, sorprendente el fomento y la disgregación que suponen las tesis localistas y nacionalistas. Hoy, temas como los medioambientales, y los grandes problemas y peligros que éstos conllevan, nos afectan a todos, a la dinámica del mundo, a revitalizar el, otra vez, tópico de ser y de sabernos “ciudadanos del mundo”.

Pero, a la vez, qué duda cabe que existe un riesgo de masificación y de desnaturalización en ese mundo global. No nos gusta, por ello, que al hablar de literatura se nos impongan los gustos y maneras de los grandes países productores de libros, que los grupos de poder cultural –fieles al máximo beneficio–, utilicen interesadamente sus editoriales, que se utilice o se tergiverse la crítica literaria, que se nos impongan determinados libros como un producto que hay que consumir apresuradamente, que tengamos que renunciar a la sana y natural independencia intelectual para pertenecer obligadamente a este o aquel grupúsculo combativo, para poder subsistir, que la literatura sea una especie de guerrilla sin sentido en la que hay que tomar parte y combatir al precio que sea...

Qué duda cabe que, para todos estos males, una ciudad como Salamanca es un excelente antídoto, ofrece la suficiente dosis de silencio y de soledad para cumplir con lo más importante: seguir escribiendo, seguir creando con libertad en la soledad de nuestro cuarto.

Hemos levantado acta pública de nuestro universalismo, pero no olvidamos por ello que no existe escritor sin *raíces*, que allá donde el escritor vaya deberá alimentar su obra con esa especie de fuente que son la infancia y la adolescencia vividas en unos espacios geográficos muy concretos. Resulta obvio que un escritor como Claudio Rodríguez sólo podía alimentar su obra teniendo unas *raíces* muy concretas, y que esa obra ha sido quizá el último eslabón de ese *espíritu* castellano al que antes nos referíamos y que tiene en la pureza y en la desnudez existencial su fundamento. Una *voz*, en definitiva, que se ve obligada a cantar de y en los espacios –tierra abajo, cielo arriba– que ofrecen muy poco margen para los excesos retóricos o para las influencias literarias extrañas.

Nada es, pues, el escritor sin sus *raíces* o –por ser aún más preciso–, sin las raíces de una infancia vivida en el medio puro de la naturaleza. Una naturaleza –lo he dicho en muchas ocasiones– que no tiene nada que ver con algo que expresa trasnochados costumbrismos, ruralismos o “noventayochismos”, sino con esa especie de *fuentes* que, sin más, mana y le comunica al escritor mensajes esenciales.

Es quizá también el momento, como hemos dicho, de ver en una ciudad como Salamanca y en su entorno un espacio con futuro, haciendo de ellos

una lectura positiva y esperanzada. Para eso, debe ser algo verdaderamente fértil la valoración y la utilización de esos tres dones de los que aún puede disponer nuestra Comunidad: su patrimonio histórico-artístico, sus espacios naturales y su lengua: el castellano o español.

Sabemos que, al menos, se ha tomado conciencia de que disponemos de esos tres dones o tesoros, lo que no es poco; hasta comienzan a ser reconocidos y apreciados por nuestros políticos. Ahora faltaría dinamizarlos, proyectarlos hacia el futuro de una manera económica y cultural útil. Me refiero a que en esa Europa superpoblada y masificada a que antes me refería, es verdaderamente un don poseer aún amplios espacios naturales en los que todavía nos sentimos respirar plenamente.

Me refiero a que, en unos momentos en que la cultura está siendo un factor dinamizador del desarrollo y de la economía, disponer de una Comunidad que posee uno de los patrimonios monumentales más ricos de Europa, es también en efecto un gran don. Y, por último, que cuando unas pocas lenguas van a ser los primordiales medios de comunicación en la sociedad global, disponer aquí de las raíces de una de las más habladas y propagadas, también es un gran don. Se comprenderá ahora mejor, por qué contemplamos de manera esperanzada una ciudad como Salamanca y su entorno, con tantos puntos a su favor dentro del esquema que hemos venido subrayando.

Hace muy pocos días asistí a la proyección de la última y excelente película de Martín Patino, *Octavia*. La tesis última de este magnífico film es de pesimismo y de desesperanza, acaso por estar esa tesis muy hundida aún en una Salamanca del franquismo y del posfranquismo. Pero, viendo la película, yo iba pensando en el revés de su trama: en que esa ciudad y esos campos ya no son los que eran, o los que eran en la historia que se nos cuenta en la película. Me refiero a que volví a pensar en la manida, pero cierta frase, de que “no se debe olvidar la Historia para no repetirla en sus momentos pésimos, pero, a la vez, sí se debe superarla para no quedar anclado en ella”.

Veía yo, por tanto, en el revés de la trama de la película de Martín Patino los mismos campos extensos de encinares, y una ciudad monumentalmente impresionante, y una juventud viva cruzando sus calles y un río de aguas abundantes con otros ojos: los de la esperanza, los del futuro. Tira mucho del espectador en la película, la historia, el asfixiante pasado, la Guerra Civil y la posguerra, pero a la vez sale pujante de ella esa Salamanca que aún dispone de muchos recursos en este siglo que comienza. La truncada vida de la joven protagonista es, sin duda, una llamada de atención, o a la rectificación. De ahí la necesidad de tener la visión “del vaso medio lleno”, es decir, la visión esperanzada del mundo.

Así que la ciudad de las piedras de oro, tópico y realidad suprema a la vez –su joven población estudiantil, el indudable motor de sus universidades, las reservas nunca suficientemente protegidas de sus dehesas y de sus sierras, su río, la lengua que se habla en sus calles y que de todo el mundo se viene a aprender–, crean una trama ideal para construir un futuro a medida del hombre, de rostro humano.

Y me alegraría ver la cultura como un medio dinamizador animándolo todo. Viendo recuperados y como centros vivos enclaves –sólo cito a dos de ellos– como El Bosque de Béjar o la finca de La Flecha, dejaremos de ver en ellos los espacios seculares para la ruina y el abandono, los espacios muertos en los que se mira una sociedad caduca. Y, otra vez con esperanza, pensamos en lo que otras Comunidades de España o del extranjero podrían hacer con esos tres dones a los que antes me he referido: nuestros espacios naturales, nuestro patrimonio monumental, nuestra lengua. Porque resulta que la comunidad–nación en España, con más derechos para serlo hoy que ninguna otra, resulta ser, al parecer, la que menos derechos para ello tiene.

Como escritor, y como una de las derivaciones que puede tener nuestra lengua, terminaré reparando en el papel que los escritores de Castilla y de León juegan en estos momentos en el panorama de la literatura española. Otra vez nos alejamos de los tópicos y de las ironías del mundillo literario y reparamos, sin más, en un hecho que para nadie pasa ya inadvertido. En España o en el extranjero, allá donde vayamos, al final de los actos, en los coloquios, siempre suele surgir una pregunta: “¿De dónde nace, cuál es la causa de la importancia que los escritores de Castilla y León tienen en estos momentos?”.

Porque sucede que hoy, y tirando por lo bajo, no hay menos de veinte, acaso treinta, escritores en Castilla y León de primera categoría. Si este fenómeno hubiese surgido en otra Comunidad española hoy posiblemente sería un tema de Estado, pero como ha nacido en la comunidad del desamparo y la emigración, del dogma y “del Imperio”, se nos sigue preguntando, una y otra vez, con incredulidad, se nos sigue preguntando una y otra vez con ironía: ¿Por qué en Castilla y León? ¿Cómo es posible? Y aquí nosotros, una vez más, volvemos a ver “el vaso medio lleno”, volvemos a ver esta circunstancia como positiva y esperanzada, aunque –eso sí– mal aprovechada.

Terminaré con una última anécdota: hace algunas semanas visité la ciudad belga de Brujas, también Capital Cultural Europea este año; como saben, hermana de Salamanca. Recorría sus calles y buscaba, en lo posible, su semejanza con nuestra Salamanca. Brujas es también una hermosísima ciudad monumental, la cruzan no un río, sino una serie de no menos hermosos canales, y la verde y arbolada región en la que se sitúa –Flandes Occidental– tuvo además en el pasado una enorme relación con España.

Rehuía en mis paseos de aquellos días los grandes monumentos y los museos de la ciudad, me ceñía a perderme por sus calles y callejuelas, cuando de repente, al cruzar por uno de esos puentes y canales más propios de los cuentos de hadas que de una ciudad ya del siglo XXI, me encontré, bajo un frondoso árbol que casi lo ocultaba totalmente, con el busto de un ilustre personaje. Para mi sorpresa, no era éste un ciudadano flamenco, ni belga, sino un ciudadano español. Su nombre era Juan Luis Vives.

El humanismo y la pedagogía que éste persiguió en su tiempo no estaban, en principio, alejados de aquel otro humanismo que forcejeaba por enseñar en Salamanca un profesor como fray Luis de León, pero a la vez sí lo estaban. Me refiero a que en la vida de Vives, se dice, había *temor*, y quizá por ello pasó la mayor parte de ella lejos de España. Estudió en París, enseñó en Oxford y acabó viviendo en los Países Bajos.

Su inquietud por estar siempre cerca de un saber renacentista, nuevo, no cesó nunca en él, sino que se acrecentaba con los años. Quizá por ello eligió bien a sus amigos, que se llamaron: Erasmo, Guillermo Budé, Tomás Moro. Murió en la ciudad de Brujas y, curiosamente, cuando pregunté por sus restos, me dijeron que no se sabía dónde se hallaban sepultados. Pero me emocionó encontrarme con aquel busto, con su memoria viva, con ese homenaje que la ciudad de Brujas le rendía a este español que *temía* a España, porque no era la España que él quería. Por eso, acabó voluntariamente su vida en tierras extrañas.

Nos lleva, por tanto, la figura de Vives, a cerrar el círculo de nuestra exposición; volvemos a reparar en una cultura y en un humanismo fértiles de los que, en parte, Salamanca ha sido y es y lo puede ser aún más en el futuro, un ejemplo ideal. Nos falta, quizá, para que este hecho sea una realidad plena que dejemos atrás el *temor*, acaso aquel mismo temor por el que Luis Vives se fue un día —en busca de un conocimiento en libertad—, a lejanas tierras.